

# MATAR LA ETERNIDAD

Al lector que me acusa de pesimista y hasta de fúnebre, tengo que decirle cómo se equivoca y porqué. Primero recordarle el credo optimista que publiqué en una de estas mismas hojas—el 20 de octubre de 1913—y del que acaso se haya olvidado si es que lo leyó. Y luego cómo al realizar cualquier doctrina al campo de lo trascendental nos libertamos de ella. Del mismo modo que se le erige a uno en un altar para quitárselo de delante.

¡Sí, amigo mío, no hay sino convertir nuestras molestias en metafísica para remediarlas de ellas. Y he aquí por qué creo que nos conviene hacer filosofía de nuestras preocupaciones nacionales!

¿No ha observado usted lo ricamente que se las componen en la vida los pirronianos teóricos, los que establecen el principio de que no hay modo de tener certidumbre de verdad alguna? A esas gentes da la duda metódica o sistemática no hay medio de meterles un duro falso. Es decir, veamos! Hay filósofo que se cree en la obligación profesional de poner en duda la existencia objetiva del mundo exterior o la de su propia conciencia personal, pero no se le ocurre dudar de la verdad de los boletines del Gobierno de su patria o de las previsiones del Estado Mayor del ejército de ella. Cuando un individuo humano llega a declarar, como declaró Nietzsche, filósofo profesional, que el individuo humano, es decir, él mismo, no es, como el átomo, más que una abstracción, ¿por qué no ha de fragarse cualquier rueda de molino que le dé a comulgar la autoridad competente del pueblo a que pertenece?

Una cosa parecida ocurre con el absoluto nihilismo. Decir que todo es nada es lo mismo que decir que nada es todo, o que nada es nada o que todo es todo. Es una delicia moverse entre proposiciones absolutas. Mucho más divertido que hacer rizados aeroplánicos por encima de las nubes, y sobre todo menos expuesto. El que ha gustado una vez ese deporte filosófico no se desaveza ya de él. Atribuyo a nuestro maravilloso nihilismo hispánico—que es nuestra más castiza filosofía inconsciente—la admirable ecuanimidad, casi bovina, con que tomamos los bienes y los males. Todo nos resbala que es un consuelo.

Los cuartos de lo mismo acaece con la exaltación del yo. Como me ha oído usted decir cientos de veces—lo que no es parte para que no me lo vuelva usted a oír otros cientos de veces más—el mejor remedio del bajo egoísmo es el egotismo. Si yo le convierto a usted en una cosa mía, si yo declaro y siento que usted, lector mío, no es

más que un estado de mi conciencia, y que fuera de mí no es usted nadie, lo trataré y le querré como a algo propio. Conviénele a usted, pues, que yo proclame que está usted dentro de mi reino y es un sujeto, o si se quiere súbdito, mío. ¿Empezamos a entendernos?

Y ahora viene lo del pesimismo. Usted conoce algo, sin duda, a aquel viejo prusiano, malhumorado mientras no tuvo el público a que se creía con derecho, que se llamó Arturo Schopenhauer y que enseñó que este mundo—mejor dicho, el mundo en que él vivía—es el peor de todos los posibles. Gracias a lo cual se las arregló tan bien como Leibnitz, que había declarado que este es el mejor de los mundos, y gozó de la vida cuanto supo y pudo. Y hasta vivió setenta y dos años, dos más que el otro, y si no llegó a más viejo no fué por falta de ganas, pues en cuanto asomó la peste por su tierra se apresuró a escaparse para poder conservar el preciosísimo bien del mal trascendente de la existencia.

Pues bien, señor mío, yo creo que el mejor remedio para las quejumbrosidades y jeremiadas que están infestando a una buena parte, y la parte más buena acaso, de nuestro pueblo, es persuadirnos todos de que nada vale en último trámite nada, de que el mundo no tiene ni pies ni cabeza, ni cabo ni rabo, ni sentido ni finalidad, y ponernos luego a sacarnos todo el mal que pueda dar de sí.

Me dirá usted, señor y lector mío, que si las posiciones absolutas contradictorias acaban por identificarse entre sí y si es lo mismo—como así es—decir que este mundo es el mejor como decir que es el peor, no vale la pena de perder el tiempo en esas vaguedades y galimatías. Pero se equivoca usted. Entre afirmar una cosa y otra no hay diferencia de doctrina, pero la hay de tono y de estilo. Y para la vida el tono y el estilo son lo más. La letra de nuestras creencias y opiniones importa muy poco; lo importante es su música. Y la experiencia enseña que no hay gentes más divertidas ni más graciosas que las que llevan térico el peso del corazón. Los hombres alegres no divierten sino a los simples.

Fíjese usted, si no, en eso que llaman ironía sin hiel; ¿ha visto usted nada más insípido? Y yo sostengo que todos esos escritores eutrapélicos—ya que está de moda la palabreja—proveedores de chistes, colmos y chascarrillos no están sino entenebreciendo el alma de nuestro pueblo. Es posible que al llegar un hombre sensitivo a su casa, después de haber leído una piececita de



El día gráfico - Barcelona 17 set 1916





género ínfimo, hinchida de camelancias, y al encontrarse ante el manguado puchero doméstico haga otra cosa que llorar por dentro y desesperarse? Y en cambio, el que de vuelta de un cementerio y de haber en él meditado el «ser o no ser» hamletiano y el «morir habemos» cartujano, se encuentra con un succulento y caliente plato de lentejas no puede menos que sentirse confortado al exclamar: «¡todavía vivo!» La tragedia es mucho más aperitiva que la comedia.

Lo que debemos hacer es metafisicar nuestras desesperanzas y desilusiones, elevarlas a la potencia infinitesimal, y todo se arregla. El día en que todas esas voces de desaliento y de desgana se fundan en una doctrina absoluta, estamos al cabo de nuestro callejón.

Y luego, ya lo sabe usted, que todos esos desgraciados que juegan con las palabras aprendan a jugar con las ideas. Todo es juego, es verdad, pero no es lo mismo jugar con un sonajero, como los niños de teta, que jugar con una pistola o con un cañón, como los hombres hechos y derechos. El sonajero no se dispara, y donde no hay peligro de vida, o de dicha, no hay goce digno de un hombre. Y da pena ver a un pueblo niño, mamoncillo, divirtiéndose con sonajeros. ¡Porque lo malo es que se pone a chuparlos y claro! no saca nada y se consume de hambre!

Dime de qué te ríes y te diré quién eres. ¡Y vea usted de qué cosas se ríe nuestro público...! Porque las otras, las únicas recordoras de ser reídas, le levantan jaqueca.

Mientras haya entre nosotros tantos brutos completamente persuadidos de la verdad de cuanto dicen y perfectamente convencidos de su propia existencia maciza y duradera, estamos los demás perdidos. Porque con esa gente no se puede vivir en paz. Yo llgo

a resistir a un hombre que dice todo lo que cree, pero a uno que cree todo lo que dice, a este no le puedo aguantar. Y habrá usted visto, señor mío, que ahora, con motivo de la guerra europea, nuestros trogloditas se han salido de sus cavernas y están mostrando a toda luz las vergüenzas de sus inquebrantables prejuicios. Son todos los convencidos antes de haber estudiado, todos los que no quieren oír, todos los que de nacimiento saben a qué atenerse. Dios nos libre de los hombres que no dudan ni tiemblan.

¿Revolucionario, dice usted? Lo revolucionario hoy y aquí es disgregar, corroer, confundir, inquietar. Nuestro abatimiento de hecho no proviene de falta de fe, proviene de que se duda poco. La mayor parte de la gente que conozco está muy satisfecha de haber nacido, y muy segura además de que nació con la verdad absoluta alojada dentro de la crisma, y por eso se complacen en repetir que estamos mal, que vamos de mal en peor, sin procurar remedio. Porque si esto se arreglara, ¿cómo iban a divertirse en quejarse? Sus lamentos son como los de los duelos en los que los concurrentes se solazan lamentando al difunto. En un entierro se cierne siempre un vaho de complacencia; los que acuden a él se miran unos a otros como diciéndose: todavía no nos hemos muerto. Lo que no siempre es verdad, a pesar de las apariencias.

Con que ya lo sabe usted, señor mío, la cuestión es jugar con ideas que se disparen y no con sonajeros, y convencerlos de que todo es uno y lo mismo y de que nada conduce a nada, para ponernos luego a vivir febrilmente, apasionadamente, desesporadamente. Hay que matar la eternidad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

